



Nº 3

Serías **para el debate**



Serías para el debate N° 3
Noviembre 2004 - Lima, Perú
Campaña por la convención de los derechos sexuales y los derechos reproductivos

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo de la Fundación Ford

Corrección de estilo: Rocío Moscoso
Diseño de carátula y diagramación: Marisa Godínez
Depósito legal N°: 2003-5193

Campaña por la convención de los derechos sexuales y los derechos reproductivos
Apartado Postal 11-0470, Lima - Perú
Telefax: (51 1) 4635898
E-mail: rvasquez@cladem.org
Página web: www.convencion.org.uy



Contenido

I

El Imperio contraataca. Un manifiesto postransexual.

Sandy Stone

II

Las lesbianas hablan de transgeneridad.

Zachary Nataf

III

Gemeinschaftsfremden o cómo ser clavado/a por tus amigos/as.

Requisitos de esterilización y reconocimiento del estatus legal de las personas transexuales.

Stephen Whittle

IV

Un itinerario político del travestismo.

Lohana Berkins

Glosario en construcción.





Presentación

Con este número llegamos a la tercera SeriAs para el debate de nuestra Campaña por una Convención Interamericana de los Derechos Sexuales y los Derechos Reproductivos. En esta oportunidad reflexionamos sobre un tema importante en la medida en que revela una dimensión discriminatoria en el ejercicio de los derechos sexuales y los derechos reproductivos, así como por su carácter profundamente interpelador respecto de las miradas que se han —y nos hemos— construido frente a la realidad: se trata de las transgeneridades.

Esta edición ha sido ideada por Alejandra Sardá y Mauro Cabral, a quienes les agradecemos mucho por todo el esfuerzo que han desplegado, pues como se verá a lo largo del texto, ambos han contribuido de diferentes maneras y con sus múltiples habilidades a que esta publicación se haga realidad.

También queremos agradecer a todos/as los/las autores/as que aceptaron colocar sus ensayos en esta edición, así como a la editorial Feminaria por autorizar la publicación del ensayo de Lohana Berkins. Al colectivo feminista Karakola por el artículo de Sandy Stone, a Cavendish Publishing Limited por el ensayo de Stephen Whittle, y a la editorial Scarlett Press por el artículo de Zachary Nataf.

Esperamos que disfruten la lectura de SeriAs, que compartan los hallazgos que hagan y que nos permitan conocer la utilidad e importancia que tiene para ustedes este esfuerzo.

Roxana Vásquez Sotelo

Coordinadora

Lima, noviembre de 2004



Unas palabras iniciales

Nosotros y nosotras sencillamente “no” estamos en un mundo que simplemente permite dos sexos, sólo autoriza dos formas de rol, identidad o expresión de género.

Cayendo siempre fuera de la “norma”, se minimizan nuestras vidas, nuestra humanidad se cuestiona y nuestra opresión se legitima.

Stephen Whittle

Cuando recibí la invitación de SeriAs para participar en la edición de un *dossier* dedicado a “cuestiones trans”, no sólo pensé en la oportunidad fantástica que esta edición representa para el diálogo entre el movimiento feminista en la región y las distintas manifestaciones de mi comunidad; también consideré, al aceptar, los riesgos inherentes a esta empresa.

Desde finales del siglo XIX los diferentes fenómenos que asociamos hoy con la transgeneridad han estado y están inextricablemente unidos a la comprensión que nuestra cultura tiene de sí en términos genéricos y sexuales; a la emergencia y la institucionalización de vocabularios y narrativas relativos al cuerpo, la sexualidad y la identidad; al “descubrimiento” de antropologías sexuales diferenciadas, así como al diseño de taxonomías que las organizan y a la implementación de dispositivos biopolíticos que las regulan.

Lejos de constituir un continente remoto por explorar, los dilemas corporales, sexuales y genéricos que la transgeneridad plantea se localizan, además, en el entramado ético y político de nuestra propia cultura: autonomía de las decisiones, integridad corporal, opresión, resistencia y emancipación, la biotecnología como horizonte ineludible, la tensión perenne entre diferencia y universalidad. Uno de los riesgos principales que entraña, por ende, el acercamiento a la transgeneridad como un campo específico de subjetividades y problemáticas es la posibilidad de su extrañamiento de las complejas “tecnologías del género” que constituyen tanto a las personas trans como a aquellas que no lo son, y, por tanto, de su reificación como sujetos de otra especie, de otro reino, otra ética y otra política.

Tal y como los textos seleccionados pondrán en evidencia, las personas trans somos los sujetos de una *ciudadanía sexual* claramente menguada: desde las diversas codificaciones locales que penalizan expresiones de género “escandalosas” o “contrarias a la moral y las buenas costumbres” a la continua marginación en el acceso a la educación, la salud, el trabajo y la vivienda; desde las diversas prohibiciones estatales en torno al acceso a terapias hormonales y a cirugías de reconstrucción genital (que nos transforman en migrantes transnacionales en busca de atención médica especializada, o en víctimas de los mercados negros de cirugías y hormonas) a las exigencias de esterilización y semejanza morfológica que regulan nuestro acceso al reconocimiento legal de la identidad de género. Pero así como la ciudadanía trans podría ser calificada indudablemente como una ciudadanía “de segunda”, los rasgos de la experiencia trans contemporánea en nuestra región comprometen la idea misma de una ciudadanía, aún menguada, y la comprometen en los términos de la inhumanidad. Una inhumanidad que forma parte constitutiva e indisoluble de concebir al sujeto del *derecho a tener derechos* como sujeto situado en un

cuerpo sexuado, y que por lo tanto nos interpela a todos y todas, más allá o más acá de las fronteras de la transgeneridad. La persecución y violencia policial, que alcanza incluso la tortura y el asesinato; la denegación jurídica del goce de derechos sexuales y derechos reproductivos, entre otros rasgos de aquella experiencia, configuran un estatus humano menguado: *menos que humanas y humanos*, dirá Stephen Whittle.

Menos también, entonces, en el acceso a la palabra. Uno de los rasgos que ha caracterizado con más fuerza, y que aún hoy en buena medida caracteriza nuestra situación, es el régimen de visibilidad y silenciamiento al que persistentemente se nos somete, o intenta sometérse nos. Objetos de culto y morbo mediático, “casos” de exploración biomédica o crónica policial; instrumentos de ejemplificación teórica, excusas para el financiamiento del trabajo político, nuestra visibilidad disruptiva suele corresponderse, simétricamente, con una continua mediación de expertas y expertos, una negación insistente de nuestra capacidad para constituirnos en sujetos de nuestra propia agencia, tanto teórica como política. Por esa razón los textos reunidos para este *dossier* han sido escogidos tanto a partir de su capacidad para tematizar un conjunto de cuestiones sexuales y reproductivas desde diversas perspectivas trans como de su tematización en *primera persona*. Contra todas las formas de la cosificación y el borraramiento, la teoría y la política trans persisten en ese trabajo crítico que, como afirma Judith Butler y cumplirá cada uno de los siguientes textos, *obedece al deseo de vivir, de hacer la vida posible y de replantear lo posible en cuanto tal*.

El artículo de Sandy Stone fue originalmente publicado en el año 1993 en la compilación de Julia Epstein y Kristina Straub titulada *Body Guards: the Cultural Politics of Gender Ambiguity*. Su “Manifiesto postransexual” contribuyó decisivamente a visibilizar la emergencia de discursos y prácticas vernáculos capaces de proporcionar una decidida crítica comunitaria al paradigma psiquiátrico y biomédico de la transexualidad, aplicado en las *clínicas de género* en Estados Unidos durante la década de 1980. Pero el artículo de Stone no dirige su crítica únicamente hacia la concepción regulativa del “cambio de sexo” vigente, sino también apunta a la escritora feminista Janice Raymond y su libro *The Transsexual Empire: the Making of the She-male*, publicado en Estados Unidos en 1979, cuyo análisis de la transexualidad marcó durante muchos años la producción feminista en torno a la cuestión.

Hemos incluido, bajo el título “Narrativas transgénéricas del cuerpo, el género y la sexualidad», fragmentos escogidos de *Las lesbianas hablan de transgeneridad*, publicado por Zachary Nataf en 1996. Su texto pone de manifiesto una continua voluntad de abrir un mundo de experiencias trans a través de un desarrollo que combina intervenciones precisas de Nataf con la recopilación de testimonios en primera persona —tal es el espíritu de los fragmentos que encontrarán en este *dossier*—.

El texto de Stephen Whittle, publicado en el año 2002 como un capítulo de su libro *Respect and Equality. Transsexual and Transgender Rights*, aborda una de las cuestiones más complejas de la situación legal de las personas trans en todo el mundo: los requisitos de modificación corporal y esterilización que regulan el acceso al reconocimiento legal de la identidad de género trans.

El artículo de Lohana Berkens fue publicado en la compilación dirigida por Diana Maffía titulada *Sexualidades migrantes. Género y transgénero*, que reconstruye el proceso


de construcción y consolidación del movimiento travesti en la Argentina, proporcionando en su recorrido claves conceptuales para comprender dimensiones culturales, éticas y políticas del travestismo.

Por último, quiero manifestar mi agradecimiento a Alejandra Sardá, Romina Otero, Joaquín Ibarburu, Claudio Viale, J. Duggan, Paula Viturro, Diana Maffía, Ariel Rojman, Stephen Whittle, Lohana Berkins, Amanda Rosenfeldt, Dawson Horwitz, Jan Doerfel, Lilita Fedullo, Alicia Larramendy y Alicia Lerner por los diálogos teóricos y políticos que hicieron posible preparar este *dossier* y por aquellos otros diálogos que hacen posible la vida.

Mauro Cabral

Córdoba, 2004





El Imperio contraataca. Un manifiesto postransexual

Sandy Stone*

Título original: «The 'Empire' Strikes Back: A Posttranssexual Manifesto». En Julia Epstein y Kristina Straub (eds.). *Body Guards: The Cultural Politics of Gender Ambiguity*. Nueva York: Routledge, 1991, pp. 280-304. Traducción de Mauro Cabral.

* Gracias a Gloria Anzaldúa, Laura Chernaik, Ramona Fernández, Thyrza Goodeve y John Hartigan por sus valiosos comentarios sobre borradores de este trabajo. A Judy Van Maasdam y Donald Laub, del Programa de Disforia de Género de Stanford, por su incómoda ayuda; a Wendy Chapkis; a Nathalie Magan; al Colectivo de Olivia Records, por cuyos cuidados en tiempos difíciles estoy profundamente agradecida; a Janice Raymond, por hacer de Luke Skywalker para mi Darth Vader; a Graham Nach y David Crosby; y a Christy Staats y Brenda Warren por su constancia. En particular, agradezco a Donna Haraway, cuya perspicacia y estímulo continúan dando forma e iluminando este trabajo.

El Imperio contraataca Un manifiesto postransexual

Las ranas se convierten en princesas

Las verdes colinas de Casablanca contemplan las casas y tiendas abigarradas, erguidas a lo largo de calles estrechas y retorcidas, impregnadas del olor a especias y excrementos. Casablanca es una ciudad muy antigua; quizá por un accidente geográfico, Lawrence Durrell no se percató de que era el lugar del amor. En el barrio más moderno, situado en una amplia y soleada avenida, se encuentra un edificio, que pasaría desapercibido si no fuera por la pequeña placa de bronce que lo identifica como la clínica del doctor Georges Burou. Este centro médico se dedica predominantemente a la obstetricia y la ginecología, pero durante muchos años ha cultivado otra reputación, una que desconoce el desfile continuo de mujeres marroquíes que pasa por sus salas.

El doctor Burou recibe la visita de James Morris, periodista. Morris se impacienta en la sala de espera mientras lee *Elle* y *Paris Match* sin prestarles su total atención, ya que se encuentra allí en una misión de inmensa importancia personal. Finalmente, la recepcionista lo llama, y es conducido al interior del santuario. Morris relata:

Me llevaron a través de pasillos y escaleras arriba hacia las instalaciones interiores de la clínica. La atmósfera se espesaba a medida que avanzábamos. El encortinado de las habitaciones se hacía más pesado, las estancias más aterciopeladas, más voluptuosas. Aparecieron bustos, a guisa de retratos esculpidos, me parece, y había un rastro de perfume intenso. Un momento después distinguí, avanzando hacia mí a través de las oscuras alcobas de este retiro que insistentemente me sugería el encanto de un harén, a una figura de menor reminiscencia odalesca: era Madame Burou. Vestida con una larga bata blanca, con lo que pienso eran borlas en la cintura, que combinaba la exuberancia de un caftán con la higiene del uniforme de enfermera; era rubia, y sutilmente misteriosa. Poderes fuera de mi control me habían llevado a la sala 5 de la clínica en Casablanca y, aunque hubiese querido, no hubiese podido huir [...] Fui a despedirme de mí mismo frente al espejo. No nos veríamos más y quería mirar por última vez a ese otro yo a los ojos y hacerle un guiño, deseándole buena suerte. Mientras, en el exterior, un vendedor callejero entonaba un delicado arpegio en la flauta: un suave y alegre sonido que repetía una y otra vez mientras se alejaba por la calle en un dulce disminuyendo. Vuelos de ángeles, me dije, y me tambalee... a mi cama y al olvido.¹

¹ Morris, Jan. *Conundrum*. Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1974, p. 155.

Sale James Morris, ingresa Jan Morris, a través de la intervención de las prácticas médicas de finales del siglo XX, en esta narrativa de transformación maravillosamente “oriental”, casi religiosa. El fragmento procede de *Conundrum*, el relato histórico del “cambio de sexo” de Morris y de las consecuencias que tuvo en su vida. Además del guiño de la suerte, existe otro ritual obligatorio entre las transexuales de varón a mujer,² que se denomina “retorcer el cuello al pavo”, aunque no hay evidencia acerca de si Morris también lo llevó a cabo. Volveré luego y con más detalle sobre este rito de pasaje.

Haciendo historia

Imaginemos ahora un rápido movimiento, desde los afanosos callejones de Casablanca a la ondulantes y verdes colinas de Palo Alto. El Programa de Disforia de Género de Stanford ocupa una pequeña sala cerca del *campus*, en una tranquila área residencial de esta comunidad opulenta. El Programa, equivalente norteamericano de la clínica marroquí de Georges Burou, ha sido, durante muchos años, el núcleo académico de los estudios sobre el síndrome de disforia de género en Occidente, síndrome también conocido como *transexualismo*. Aquí se determinan la etiología, los criterios de diagnóstico y el tratamiento.

El Programa se puso en marcha en 1968 y el equipo de cirujanos/as y psicólogos/as proyectó, en primer término, recolectar tanta información histórica sobre transexualismo como fuera posible. Permítanme hacer una pausa para ofrecer un breve resumen de los resultados de esta investigación. Un/a transexual es una persona que identifica su identidad de género con la del género “opuesto”. Sexo y género son cuestiones distintas, pero los y las transexuales tienden, por lo general, a desdibujar la distinción al confundir el carácter performativo³ del género con el “hecho” físico del sexo, describiendo la percepción que tienen de su estado como la de vivir en “el cuerpo equivocado”. Aunque el término *transexual* es de origen reciente, el fenómeno no lo es. La mención más antigua de algo que podemos reconocer *ex post facto* como transexualismo, según los criterios diagnósticos actuales, es la del rey asirio Sardanápalo —quien, según las crónicas, se vestía de mujer y tejía acompañado por sus esposas—.⁴ Ejemplos más recientes de algo muy semejante al transexualismo fueron informados por Filo de Judea, en la época del imperio romano. En el siglo XVIII, el Chevalier d’Eon vivió durante 39 años en el rol femenino, disputándose con Madame Pompadour la atención de Luis XV. El primer gobernador colo-

² A lo largo del presente artículo se utilizará la siguiente designación genérica: aquellas personas que aparecen como “transexuales de varón a mujer” serán designadas con los artículos la/las, según corresponda; aquellas personas que aparecen como “transexuales de mujer a varón” serán designadas con los artículos el/los, según corresponda. En ambos casos, la designación será indiferente al *status* transicional de la/s persona/s en cuestión (como pre o post operadas, por ejemplo). Las únicas excepciones a esta regla son las siguientes: cuando el relato autobiográfico desarrollado por la autora diferencia entre “género de partida” y “género de llegada”, por razones de inteligibilidad histórica, y cuando se hace referencia a “transexuales” en general, caso en el que se designarán como los/las transexuales. (Nota del traductor, en adelante N. del t).

³ Aunque Stone no define explícitamente su concepción de “género performativo”, considero que ésta puede ser remitida a las teorizaciones de Judith Butler (que Stone conocía) en torno al género como acto (*performance*) —más que como esencia o cualidad—; el sujeto, por lo tanto, no “tiene” un género anterior a su expresión, sino que es constituido en el género —*generizado*— a través de actos *performativos*. (N. del t.).

⁴ En Williams A. W. Walters y Michael W. Ross. *Transsexualism and Sex Reassignment*. Oxford: Oxford University Press, 1986.

nial de Nueva York, Lord Cornbury, llegó a Estados Unidos desde Inglaterra vestido de mujer de pies a cabeza, indumentaria que siguió llevando durante todo su mandato.⁵

No se confirió al transexualismo el *status* de “trastorno oficial” hasta 1980, año en que fue incorporado al *American Psychiatric Diagnostic and Statistical Manual*.⁶ Como señala Marie Mehl, en cierto modo se trata de una victoria pírrica.⁷ Pero se había trabajado mucho ya antes de 1980, en el intento por definir los criterios de un diagnóstico diferencial. Un ejemplo de la década de 1970 es el siguiente, tomado de la investigación conducida por Leslie Lothstein, a su vez incluida en el libro de Walters y Ross *Transsexualism and Reassignment*.⁸

En su estudio sobre diez transexuales de edad adulta [con un promedio etario de 52 años], Lothstein encontró que los tests psicológicos ayudaban a determinar el grado de la patología [sic] y llegó a la conclusión de que [los y las transexuales como grupo] eran individuos depresivos, aislados, retraídos y esquizoides con profundos conflictos de dependencia. Es más, eran inmaduros, narcisistas, egocéntricos y potencialmente explosivos, mientras que en sus intentos de obtener [ayuda profesional] eran demandantes, manipuladores, controladores, coercitivos y paranoicos.⁹

Otro ejemplo:

En un estudio realizado con 56 transexuales, los resultados obtenidos en los índices de esquizofrenia y depresión superaban el parámetro superior normal. Los autores consideran estos resultados como indicativos de los estilos de vida confusos y bizarros de los sujetos.¹⁰

Éstos eran estudios clínicos, que representaban a una clase muy limitada de sujetos. Sin embargo, los informes fueron considerados lo suficientemente representativos como para ser reproducidos sin comentarios en recopilaciones como la de Walters y Ross. A medida que leemos los diferentes artículos, encontramos que cada investigador invalida sus resultados en una breve rectificación aclaratoria, que nos recuerda las advertencias en letra pequeña de los anuncios de cigarrillos. En el primer artículo, al añadir: “Debe admitirse que los sujetos que estudia Lothstein difícilmente podrían considerarse una muestra

⁵ Esta síntesis histórica es relatada en la introducción a *Transvestites and Transsexuals: Towards a Theory of Cross-Gender Behavior*, de Richard Docter, Nueva York: Plenum Press, 1988. También es tratada por Judith Shapiro en “Transsexualism: Reflections on the Persistence of Gender and Mutability of Sex”. En Julia Epstein y Kristina Straub (eds.). *Body Guards: The Cultural Politics of Gender Ambiguity*. Nueva York: Routledge, 1991, p. 248-279, así como por Janice Irvine en *Disorders of Desire: Sex and Gender in Modern American Sexology*. Filadelfia: Temple University Press, 1990. En el capítulo 7 de la compilación de Epstein y Straub arriba citada, Gary Kates argumenta en su artículo que el Chevalier d’Eon no era una transexual porque no demostró el síndrome transexual tal y como Kate lo comprende, es decir “incomodidad intensa respecto de ropas y actividades masculinas, del modo en que es normal en transexuales de varón a mujer”. La idea que Kate tiene del síndrome proviene de textos *standard*. Más adelante en este trabajo discutiré la calidad mítica de mucha de esta información. Gary Kates, “D’Eon Returns to France: Gender and Power en 1977” en Epstein y Straub, *op. cit.* p. 167-195.

⁶ Conocido internacionalmente por las siglas *DSM*. Un dato llamativo: en la misma edición de 1975 del *DSM III* se quitó la homosexualidad como categoría de trastorno psicosexual, y el transexualismo fue incluido bajo la subcategoría de “Trastornos de la identidad de género”. (N. del t.).

⁷ En la introducción de Mehl para Steiner, Betty: *Gender Dysphoria Syndrome: Development, Research, Management*. Nueva York, Plenum Press, 1985.

⁸ Walters y Ross, *op. cit.*

⁹ Extraído de Burnard, Don y Ross, Michael W: “Psychological Aspects and Psychological Theory: What Can Psychological Testing Reveal?”. En Walters y Ross, *op.cit.* p. 58.

¹⁰ *Ibid.*

representativa, ya que nueve de cada diez casos estudiados sufrían graves problemas de salud” (se trataba de un estudio llevado a cabo en un sanatorio, no en una clínica de género); el segundo artículo, con la aclaración tardía de que “el 82% de [los sujetos] eran prostitutas, atípicas respecto de las transexuales del resto del mundo”.¹¹ Estos resultados podrían haber sido considerado marginales, limitados como estaban por señales de metodología cuestionable y muestras excesivamente reducidas. Sin embargo, vinieron a representar a los y las transexuales en la literatura médico-legal-psicológica prácticamente hasta nuestros días, a pesar de estas rectificaciones.

Durante esta misma época, las teóricas feministas estaban llevando a cabo sus propios análisis. La cuestión se volvió —y aún sigue siendo— extremadamente explosiva y generadora de divisiones. Citaré un ejemplo:

La violación [...] es una violenta invasión masculina de la integridad del cuerpo. Todos los transexuales violan el cuerpo de la mujer al reducir sus formas a mero artefacto, apropiándose de este cuerpo [...] Aunque normalmente la violación se perpetra a la fuerza, también se puede cometer mediante el engaño.

Esta cita está tomada de *The Transsexual Empire: The Making of the She-Male*, el libro que Janice Raymond publicara en 1979 y en el que se inspira el título de este trabajo. De acuerdo con mi lectura del texto de Raymond, ella afirma que las transexuales son *constructos* de un malvado imperio falocrático, diseñadas para invadir los espacios de las mujeres y apropiarse de su poder. Aunque *The Transsexual Empire* es representativo de un momento específico del análisis feminista, y prefigura la apropiación del lenguaje radical por parte de la derecha radical, en este año 1991, a 12 años de su publicación, sigue siendo la declaración definitiva sobre transexualismo desde el punto de vista de una mujer genética académica.¹² Para clarificar mi interés en este discurso, citaré otro fragmento del libro de Raymond:

El comportamiento masculino es característicamente obstructivo. Es significativo que las lesbianas feministas transexualmente construidas se hayan insertado en posiciones y desempeños de importancia dentro de la comunidad feminista. Sandy Stone, la ingeniera transexual que trabaja en Olivia Records, una compañía discográfica “sólo para mujeres”, es un buen ejemplo de ello. La [...] visibilidad que ha logrado a raíz de la controversia de Olivia [...] sólo sirve para constatar que su anterior papel dominante se ha visto reforzado y para dividir a las mujeres, como suelen hacer los hombres cuando hacen que su presencia sea necesaria y vital para las mujeres. Como escribió una mujer: “Me siento violada cuando Olivia hace pasar a Sandy [...] por una mujer real. Después de los privilegios que ha disfrutado como hombre, ¿también se va a beneficiar de la cultura lésbica feminista?”.

El presente ensayo, “El imperio contraataca”, trata de las leyendas morales y los mitos del origen sobre la “verdad” del género. El principio que lo orienta es que “siempre se imagina a las artes técnicas como subordinadas a la idea artística imperante, la cual se

¹¹ *Ibid.*

¹² Raymond, Janice. *The Transsexual Empire: The Making of the She-Male*. Boston: Beacon, 1979. Hay que tener cierta esperanza de que el trabajo de Shapiro podrá sustituir al de Raymond en su carácter de declaración definitiva. La exposición de Shapiro parece estupidamente equilibrada, y ella es consciente de que hay más relatos de académicos/as transexuales que aún no han ingresado en el discurso.

encuentra asimismo anclada, como principio de autoridad y de forma incuestionable, en la propia vida de la Naturaleza".¹³ Se trata de la imagen y lo real definiéndose mutuamente a través de las inscripciones y las prácticas de lectura del capitalismo tardío. Se trata de posmodernismo, posfeminismo y (me atrevo a decirlo), postransexualismo. En toda su extensión este ensayo tiene una gran deuda con Donna Haraway.

"Por su propia seguridad, toda la realidad ansía convertirse en imagen en la cultura capitalista tardía"¹⁴

Volvamos hacia las narrativas de las propias transexuales. Durante este período, prácticamente todos los relatos publicados fueron escritos por transexuales de varón a mujer. Quiero considerar brevemente cuatro de estas narraciones autobiográficas, para ver qué podemos aprender acerca de lo que ellas creen estar haciendo (me ocuparé de los transexuales de mujer a varón en otro ensayo).

El texto más antiguo —y parcialmente autobiográfico— de una transexual es el de Lili Elbe, en el libro de Niels Hoyer *Man into Woman* (1933).¹⁵ El primer texto plenamente autobiográfico fue *I Changed my Sex!* (un título no precisamente discreto ni reflexivo), escrito por la artista de *striptease* Hedy Jo Star y publicado en edición barata a mediados de la década de 1950.¹⁶ Christine Jorgensen, quien obtuviera su cirugía a principios de esa década y es, podría argumentarse, la transexual más conocida de los tiempos recientes— no publicó su autobiografía hasta 1967. En su lugar, fue el libro de Star el que aprovechó la oleada de publicidad que rodeó la cirugía de Jorgensen. En 1974 se publicó *Conundrum*, escrito por la popular periodista inglesa Jan Morris. En 1977 apareció *Canary*, escrito por la música y actriz Canary Conn.¹⁷ Además, muchas transexuales llevan lo que se denomina "A. O. T." (archivo obligatorio transexual).¹⁸ Este archivo normalmente contiene artículos periodísticos y extractos de anotaciones diarias prohibidas sobre conductas genéricas "inapropiadas". Las transexuales también coleccionan autobiografías. Según el programa de disforia sexual de Stanford, los centros de salud no tienen colecciones de este tipo de literatura porque consideran que los textos autobiográficos no son confiables. Por esta razón, y dado que un gran porcentaje de la literatura es invisible para muchos sistemas bibliotecarios, parte de la información tiene como única fuente estas colecciones personales. Soy afortunada de tener algunas pocas a mi disposición.

¹³ Esta frase maravillosa está tomada de Haraway, Donna: "Teddy Bear Patriarchy: Taxidermy in the Garden Of EdenQ, New York City, 1908-1936", *Social Text* II, p.11-20.

¹⁴ Haraway, *op.cit.* El carácter anecdótico de esta sección se sustenta en notas de trabajo de campo que aún no han sido organizadas y codificadas. Una versión minuciosa y quizá etnográfica de este trabajo, con citas apropiadas de ambos profesionales y sus sujetos de estudio, aguarda contar con tiempo y financiamiento para la investigación.

¹⁵ Ernst Ludwig Hartherm Jacobson, ed. *Man into Woman: An Authentic Record of a Change Sex. The True Story of the Miraculous Transformation of the Danish Painter Einar Wegener [Andreas Sparre]*. Traducido al inglés por H. J. Stenning. Nueva York: Dutton, 1933. El sexólogo británico Norman Haine escribió la introducción, aportando al libro de Hoyer una contribución semimédica.

¹⁶ Star, Hedy Jo (Carl Rollins Hammonds). *I Changed my Sex! (From an OTF)*, 1955. El libro de Star ha desaparecido de la historia y he sido incapaz de encontrar alguna referencia a él en ningún catálogo bibliográfico. Habiendo tenido una copia en mis manos, lamentablemente no haberla retenido con más fuerza.

¹⁷ Hubo al menos otro libro publicado durante este período, que no es abordado aquí. Richards, Renee (con Ames, John) *Second Serve. The Renée Richards Story*. Nueva York: Stain and Day, 1983.

¹⁸ Obligatory Transexual File, OTF por sus siglas en inglés. (N. del t.).

¿Qué tipo de sujeto es construido en estos textos? Hoyer (en su representación de Elbe, quien representa a Wegener, quien representa a Sparre),¹⁹ escribe:

*Una sola mirada de aquel hombre la había privado de toda su fuerza. Sentía que su personalidad era completamente aplastada por él. Con una sola mirada, la había extinguido. Algo en su interior se rebeló. Se sentía como una colegiala despreciada por el profesor que idolatraba. Era consciente de una cierta debilidad en todos sus miembros... Era la primera vez que su corazón de mujer temblaba ante su dueño y señor, ante el hombre que se había constituido a sí mismo en su protector, y comprendió por qué seguidamente se entregó plenamente a él y a su voluntad.*²⁰

Se pueden formular las preguntas usuales a este texto: no por quién sino ¿para quién se construyó a Lili Elbe? ¿Bajo qué mirada cayó su texto? Y, como consecuencia, ¿qué historias aparecen y desaparecen en este tipo de seducción? Es posible que no sea una sorpresa el hecho de que todas las experiencias que he de citar aquí son similares, en su descripción, a la “mujer” como fetiche masculino, como réplica de un rol socialmente impuesto, o como constituida a través del género performativo. Lili Elbe se desmaya al ver sangre.²¹ Jan Morris, una periodista mundana y experimentada, continua describiendo su percepción de sí misma en relación con el maquillaje y la ropa, con el estar en exhibición, y se siente complacida cuando los hombres le abren la puerta:

*Me siento pequeña y linda: en realidad no soy pequeña, de hecho, ni muy linda tampoco, pero la feminidad conspira para hacerme sentir que sí lo soy. Mi blusa y mi falda son ligeras, brillantes, susurrantes. Mis zapatos hacen que mis pies parezcan más delicados de lo que son, además de darme [...] una sensación de vulnerabilidad que más bien disfruto. Mis pulseras roja y blanca me dan una sensación excitante, mi cartera hace juego con mis zapatos y me hace sentir bien dispuesta [...] Cuando salgo a la calle me siento conscientemente preparada para los elogios del mundo, de una forma en que nunca he sentido como hombre.*²²

Hedy Jo Star, desnudista profesional, declara en *I Changed My Sex!*: “Quería sentir el tacto sensual de la ropa interior contra mi piel, quería iluminar mi cara con maquillaje. Quería un hombre fuerte que me protegiese”. Hoy, en 1991, he encontrado a algunos hombres lo suficientemente valientes como para hacerse eco de este sentimiento, pero en 1955 se trataba de una postura exclusivamente femenina.

Además de la obvia complicidad de estas narrativas con la definición masculina blanca occidental del género performativo, las autoras también refuerzan un modo binario, oposicional, de identificación de género. Pasan de ser hombres sin ambigüedad, aunque infelices, a ser mujeres también carentes de ambigüedad. No hay terreno intermedio.²³ Más aún, cada una construye un momento narrativo específico cuando su identifica-

¹⁹ Niels Hoyer era un seudónimo de Erns Ludwig Harthern Jacobsen; Lili Elbe era el nombre femenino que escogió el artista Einar Wegener, cuyo nombre legal era Andreas Sparre. Esta profusión léxica tiene fecundas implicaciones para los estudios del *self* y sus construcciones, para la literatura, y también para dispositivos sociales emergentes tales como los encuentros por computadora, donde las varias personalidades situadas en un único cuerpo son más la regla que la excepción.

²⁰ Hoyer, *op. cit.*, p. 163.

²¹ Hoyer, *op. cit.*, p. 147.

²² Morris, *op. cit.*, p. 174.

²³ En *Conundrum*, Morris describe de hecho un período en su recorrido de lo masculino a lo femenino —desde unos años antes de la cirugía al momento inmediatamente posterior— durante el cual su género era percibido como ambiguo, por ella misma y por otros/as. Ella no es ambigua en lo absoluto, sin embargo, acerca del momento de la transición de varón a mujer.

ción sexual personal pasa de masculina a femenina. Este momento es el de neocorpo(g)rafía,²⁴ es decir, de reasignación de género o de “cirugía de cambio de sexo”.²⁵ La noche anterior a la operación, Jan Morris escribió: “Fui a despedirme de mí mismo frente al espejo. No nos veríamos más y quería mirar por última vez a ese otro yo a los ojos y hacerle un último guiño para la buena suerte”.²⁶

Canary Conn escribe: “No soy un *muchacho*, ahora soy una *muchacha* [en español en el original] [...] una niña [sic]”.²⁷

Hedy Jo Star escribe: “En el instante en que me desperté de la anestesia me di cuenta de que por fin me había convertido en mujer”.²⁸

Incluso Lili Elbe, cuyo texto es de segunda mano, emplea los mismos términos: “De repente se dio cuenta de que él, Andreas Sparre, probablemente se estaba desvistiendo por última vez en la vida”. Inmediatamente después de despertarse tras la primera fase de la intervención (*castración*, en la narración de Hoyer), Sparre escribió una nota: “Miró la tarjeta y no pudo reconocer la letra. Era escritura de mujer”. Inger alcanzó la nota al doctor: “¿Qué opina de esto, doctor? ¿La podría haber escrito un hombre?”. “No”, dijo el médico sorprendido, “tienes razón”. Éste es un diálogo en el que se requiere que el/la lector/a olvide que la caligrafía²⁹ es una habilidad aprendida. Lo mismo ocurre con la voz de Elbe: “Lo extraño es que tu voz ha cambiado por completo... ¡Tienes una voz maravillosa de soprano! Es sencillamente increíble”.³⁰ Quizá esto sea tan sorprendente ahora como lo era en aquel entonces, pero por diferentes razones: ahora conocemos los efectos —o más concretamente, la ineficacia— de la castración y la administración de hormonas.³¹ Según esta información, nada de esto pudo haber ocurrido; ni la castración ni las hormonas tienen algún efecto en el timbre de voz. De aquí, dicho sea de paso, la mirada agría con que las clínicas sopesan los testimonios históricos.

Si Hoyer mezcla realidad y fantasía, y además caricaturiza a sus sujetos (“¡Sencillamente asombroso!”), ¿qué lecciones se encuentran en *Man Into Woman*? Lo que surge

²⁴ Stone anota *neocorporaphy*. Considero que el añadido de la *g* proporciona el sentido de ‘nueva escritura corporal’, más consistente, a mi entender, con el desarrollo general de texto. (N. del t.).

²⁵ *Reasignación de género* es el término disciplinar correcto. En el lenguaje médico actual, el sexo es tomado como un hecho físico natural, y no puede ser modificado.

²⁶ Morris, *op. cit.*, p. 115. Me acordé de estas palabras la noche anterior a mi propia cirugía. “Caramba”, pensé en esa ocasión, “sería interesante poder transformarse mágicamente en otra persona, de ese modo binario y final”. Así que hice la prueba: fui hasta el espejo y le dije adiós a la persona que vi reflejada allí, y por desgracia no funcionó. Unos días más tarde, cuando pude volver a acercarme al espejo, la persona que me miraba aún seguía siendo yo. Todavía no comprendo qué hice mal.

²⁷ Conn, Canary: *Canary. The Story of a Transsexual*. Nueva York: Bantam, 1977, p. 271. Conn obtuvo su cirugía en el centro de Jesús María Barbosa, en Tijuana. En este extracto ella está hablando con una enfermera mexicana, de ahí los términos en castellano.

²⁸ Star, *op. cit.*

²⁹ En el texto original Stone dice *orthography* (‘ortografía’), pero el sentido evidente es, a mi juicio, afín a *caligrafía*. (N. del t.).

³⁰ Admito que yo estoy tan sorprendida como el buen doctor, ya que, exceptuando la narración de Hoyer, no hay ningún otro caso en el que se haya producido un cambio de tono vocal o de timbre tras la administración de hormonas o cirugía de reasignación de género. Si las transexuales consiguen cambiar sus características vocales lo hacen gradualmente y con gran dificultad. Pero hay más que suficientes problemas con la “historia verdadera” de Lili Elbe, el menor de los cuales no es precisamente la escena en la cual Elbe, al final, “se vuelve mujer” mediante *la implantación de un par de ovarios humanos en su cavidad abdominal*, que su médico realiza. La atención proporcionada por los medios de comunicación en la década pasada a los trasplantes de corazón y a las enfermedades del sistema inmunológico han hecho al público no especializado más consciente del funcionamiento del sistema humano de respuesta inmunológica. Pero incluso en 1936 la narración de Hoyer hubiera sido reconocida como cuestionable por la comunidad médica. El rechazo de los tejidos y el sueño de mitigarlo fueron materia de especulación en la ficción y la ciencia ficción hasta tan tardíamente como la década de 1940 —por ejemplo, la droga milagrosa *collodiansy*, en Piper, Beam H. *One Leg Too Many*. 1949, s/d—.

³¹ La afirmación de Stone no debe extenderse en lo absoluto a transexuales de mujer a varón, en quienes la administración de testosterona produce una masculinización rápida y notoria de la voz. (N. del t.).

parcialmente del libro es el modo en que Hoyer despliega la estrategia de construir barreras dentro de un mismo sujeto, estrategia que aún hoy se utiliza con provecho. Lili desplaza al yo masculino que irrumpe, aún peligrosamente presente en ella, hacia la figura casi divina del cirujano-terapeuta Werner Kreutz, a quien se refiere como El Profesor o el El Hombre Milagroso. El Profesor es Quien moldea, y Lili es quien es moldeada:

Lo que El Profesor está haciendo con Lili no es otra cosa que un moldeo emocional, el cual precede a su modelado físico en mujer. Hasta este momento Lili había sido como arcilla que otros/as habían preparado y a la que El Profesor ha dotado de forma y vida [...] con una sola mirada El Profesor despertó su corazón a la vida, una vida con todos los instintos de una mujer.³²

Lo femenino es inmanente, lo femenino yace en lo más profundo, lo femenino es instinto. El profesor, contando con la voluntariosa complicidad de Lili, crea una enorme escisión entre lo masculino y lo femenino en su interior. En este pasaje, que nos recuerda el aire "oriental" de la narrativa de Morris, lo masculino debe ser aniquilado o, al menos, negado, pero lo femenino es algo que existe para ser continuamente aniquilado:

Le parecía que ya no tenía que responsabilizarse de sí misma, de su destino. Werner Kreutz la había liberado de todo. Tampoco tenía ya una voluntad propia [...] no podía haber un pasado para ella. Todo el pasado pertenecía a una persona que [...] estaba muerta. Ahora sólo existía una mujer perfectamente modesta, lista para obedecer, feliz de someterse a la voluntad de otro [...] su señor, su creador, su Profesor. Entre Andreas y ella se interponía Werner Kreutz. Se sentía segura y a salvo.³³

Hoyer tiene los mismos problemas con la pureza y la negación de la mixtura en los que recaen muchas narrativas autobiográficas transexuales. Los personajes de esta narrativa viven en un período histórico de tremenda represión sexual. ¿Cómo se puede mantener la división entre el yo "masculino", cuyo objeto establecido de deseo es la mujer, y el yo "femenino", cuyo objeto apropiado de deseo es el hombre?

"Como hombre siempre me has parecido incuestionablemente saludable. Sin duda, he visto con mis propios ojos cómo las mujeres se sentían atraídas hacia ti, esa es la prueba más irrefutable de que eres un tipo de verdad". Hizo una pausa y puso sus manos sobre los hombros de Andreas. "¿No te ofendes si te hago una pregunta con sinceridad? [...] ¿En algún momento te has interesado por personas de tu misma clase? Ya me entiendes".

Andreas agitó la cabeza con calma. "Te doy mi palabra, Niels: nunca en la vida. Es más, puedo decir que ese tipo de criaturas nunca se han mostrado interesadas en mí". "Bien, Andreas. Eso es justo lo que yo pensaba".³⁴

Hoyer debe separar la subjetividad de Andreas, quien nunca ha sentido nada por ningún hombre, de la de Lili, quien a lo largo de la narración se quiere casar con uno. Este proceso de diferenciación hace que el mundo sea más seguro para Lili, ya que levanta y

³² Hoyer, *op. cit.*, p. 165.

³³ Hoyer, *op. cit.* p. 170. Para una discusión extendida de textos que transmutan la sumisión en realización personal, cf. Stone, Sandy. *Sweet Surrender: Gender, Spirituality and the Ecstasy of Subjection; Pseudo-transsexual Fiction in the 1970s*, de próxima aparición.

³⁴ Hoyer, *op. cit.*, p. 53.

mantiene una barrera infranqueable entre ella y *Andreas*, barrera reforzada, una y otra vez, mediante recursos tales como las dos caligrafías y las dos voces diferentes. La fuerza de un imperativo —un estado natural hacia el que tienden todas las cosas— para negar las posibilidades de mixtura actúa en pos de preservar una identidad de género “pura”: en el amanecer del romance con la pureza, inspirado por la filosofía nazi, ninguna “criatura” tentaba a *Andreas* a violar las fronteras de “su clase”.

*“Con toda sinceridad, te confieso Niels, que siempre me he sentido atraído por mujeres. Y hoy más que nunca. Una confesión de lo más banal”.*³⁵

Banal sólo siempre y cuando la persona que expresa este enunciado desde dentro del cuerpo de *Andreas* sea *Andreas*, y no *Lili*. Se trata de un párrafo que encierra un gran esfuerzo, un reflejo microcósmico de la cantidad de esfuerzo que conlleva mantener el mismo polo de personalidad en la sociedad. Es más, cada una de estas escritoras construye su historia como una especie de narrativa de redención. Hay un fuerte contenido dramático, de sentido de lucha contra fuerzas muy superiores, de superación de obstáculos peligrosos y de enfrentamiento con el terror y el misterio hacia la aproximación impactante y la apoteosis final de la Transformación Prohibida.

*El éxito de la primera operación ha superado todas las previsiones. Andreas ha dejado de existir, dicen. Las glándulas germinales —¡oh, místicas palabras!— le han sido extraídas.*³⁶

Oh, místicas palabras. El *mysterium tremendum* de la identidad profunda se cierne sobre un sitio físico; el conjunto entero de la generización masculina, el poder misterioso del hombre-Dios, habita en las “glándulas germinales”, del mismo modo que se creía que el alma habitaba en la glándula pineal. La masculinidad está contenida en las ya-sabes-qué. A este respecto también lo está la ontología del sujeto. De esta manera, Hoyer puede demostrar del modo más torpe que la femineidad es falta:

*La operación que se ha llevado a cabo [es decir, la castración] me permite entrar en un centro de salud para mujeres [sólo para mujeres].*³⁷

Por otra parte, tanto *Niels* como *Lili* se pueden constituir, por un acto de insinuación, en lo que en el Nuevo Testamento denominan *endeuein* o poner en escena al dios, insertar el cuerpo físico en un entramado de significados culturales:

*Andreas Sparre [...] se estaba probablemente desvistiendo por última vez. [...] Durante toda una vida, había estado oculto tras estas prendas: abrigo, chaleco y pantalones.*³⁸

³⁵ *Ibid.*

³⁶ Hoyer, *op. cit.*, p. 134.

³⁷ Hoyer, *op. cit.*, p. 139. El cambio de sexo de *Lili Elbe* se realizó en 1930. Actualmente, en Estados Unidos, la perspectiva jurídica de un cambio de sexo exitoso de varón a mujer se basa aún en la falta; por ejemplo, un hombre es una mujer cuando “los órganos reproductivos masculinos han sido destruidos total e irrevocablemente” (extraído de una carta proveniente de una clínica autorizando un cambio de nombre en un pasaporte, 1980).

³⁸ Hoyer, *op. cit.*, p. 125.

Ahora os escribe Lili. Estoy sentada en mi cama con un camisón de seda con encajes, el pelo rizado, polvos en la cara, pulseras, un collar y anillos.³⁹

Todas estas autoras reproducen la versión masculina estereotipada de la constitución de la mujer: vestidos, maquillaje, delicados desmayos ante la visión de la sangre. Cada una de estas aventureras pasa directamente de un polo de la experiencia sexual al siguiente. Si hay algún espacio que medie en el continuo de la sexualidad, es invisible. Nadie menciona siquiera el rito de “retorcerle el cuello al pavo”. No me extraña que las pensadoras feministas tuvieran sus sospechas. Carajo, yo sospecho.

¿Cómo dialogan estos testimonios con los textos médico-psicológicos? En una época en la que tienen lugar más interacciones a través de textos, conversaciones por computadora y medios electrónicos que a través del contacto personal y, como consecuencia, en la que la subjetividad individual se puede constituir más a través de la inscripción que de la asociación personal, aún hay momentos de “verdad natural” encarnada que no pueden ser eludidos. En el período en que se escribieron casi todos estos libros, el momento más crítico era el de la entrevista de ingreso a la clínica de disforia de género, en el cual los médicos —todos hombres— decidían si una persona era elegible para la cirugía de reasignación de género. El origen de las clínicas dedicadas a la disforia de género es una visión en miniatura de la construcción de criterios genéricos. La idea fundacional de la que se partía en las clínicas dedicadas a la disforia era, en primer lugar, estudiar una aberración humana interesante y potencialmente financiable, y en segundo lugar, brindar ayuda frente aun “problema corregible”, tal y como allí se lo comprendía.

Algunas de las primeras clínicas no universitarias de disforia de género realizaban las cirugías a pedido, es decir, sin atender a las conclusiones a las que había llegado el personal de la clínica respecto a lo que vino a ser llamado lo apropiado del sexo elegido.⁴⁰ Cuando las primeras clínicas universitarias de disforia de género se abrieron de modo experimental en la década de 1960, los equipos médicos ya no realizaban operaciones a pedido, debido a los riesgos profesionales que comportaba el realizar cirugías experimentales a “sociópatas”. En aquella época no existían criterios oficiales de diagnóstico; cualquiera que pidiera atención era, *ipso facto*, un/a transexual. Profesionalmente, ésta era una situación arriesgada. Era necesario construir la categoría de “transexual” según los dictados de la tradición y la costumbre, creando criterios plausibles de aceptación en la clínica. Desde el punto de vista profesional, se necesitaba un test o un diagnóstico diferencial del transexualismo, que no dependiera de algo tan sencillo y subjetivo como el que alguien declarase que estaba en el cuerpo equivocado. El test debía ser objetivo, clínicamente apropiado y repetible. Pero incluso después de extensas investigaciones no pudo

³⁹ Hoyer, *op. cit.*, p. 139. En ambos pasajes precedentes llamo la atención sobre el verbo griego *endeuein*, referido al momento del bautismo, cuando quien está siendo bautizado/a penetra y es penetrado/a por la Palabra; *endeuein* puede ser traducido como ‘penetrar en’, pero también como ‘calzar, deslizarse, como un guante’. “El (sic) que es bautizado en Cristo será introducido en Cristo”. Se trata de un intenso estilo homoerótico, en el cual ambos géneros están presentes pero colapsan en el cuerpo sacrificado; cf. ejemplos tales como la descripción de Fray Bernardino de Sahagun de rituales durante los cuales el sacerdote oficiante se echa encima la piel de una joven mujer desollada (en Frazer, James. *The Golden Bough: A Study in Magic and Religion*. Londres: Macmillan, 1911, pp. 589-591).

⁴⁰ Apropiado debe ser entendido, en este contexto, a la vez como lo indudablemente “propio” del sujeto en cuestión y como “conveniente”, desde el punto de vista de sus posibilidades de pasar (véase glosario). Ambos sentidos se confunden inextricablemente en los protocolos de atención de transexuales diseñados por las clínicas de género de las que habla la autora —puesto que el género verdadero (“propio”) siempre adoptaba o debía adoptar una forma expresiva *standard*, apropiada, conveniente—. (N. del t.).

ser desarrollado ningún test simple y sin ambigüedades para el síndrome de disforia de género.⁴¹

Entre otras agendas, la clínica Stanford estaba en el negocio de ayudar a la gente, según el modo en que sus miembros/as entendían la idea. Por lo tanto, la decisión definitiva respecto a la elegibilidad de un/a candidato/a para la reasignación de género la tomaba el personal basándose en un *sentido* individual de lo “apropiado del individuo respecto de su género de elección”. La clínica desempeñaba además el papel de “consultorio estético” o “escuela de estilo” ya que, de acuerdo con el juicio de su personal, los hombres que se presentaban procurando ser mujeres no siempre se “comportaban como” mujeres. Stanford reconocía que los roles de género podían ser aprendidos (hasta cierto punto). Su involucramiento con centros de estética era un esfuerzo por producir no sólo mujeres legibles anatómicamente sino *mujeres... es decir, mujeres generizadas*. Como destacó Norman Fisk, “Ahora puedo admitir con sinceridad [...] que en un comienzo estábamos conscientemente buscando candidatas que tuvieran las mayores posibilidades de éxito”.⁴² En la práctica, esto significaba que a las candidatas se las evaluaba según su *performance* del género de elección. Los criterios seguidos constituían una definición completamente culturizada, consensual, del género, y *en el sitio de su puesta en acto podemos localizar un ejemplo actual del aparato de producción de género*.

Esto despierta varias preguntas difíciles; las dos fundamentales son: ¿quién está narrando la historia de quién? y ¿cómo pueden los/as narradores/as diferenciar entre la historia que narran y la historia que escuchan?

Una respuesta es que ellos/as diferencian con mucha dificultad. Los criterios desarrollados por investigadores, y que éstos luego aplicaron, fueron definidos repetidamente a través de una serie de interacciones con las candidatas. Éste era el panorama: en un principio, el único libro sobre transexualismo era la obra definitiva de Harry Benjamin *The Transsexual Phenomenon* (1966)⁴³ —obsérvese que el libro de Benjamin apareció fechado, de hecho, diez años más tarde que *I Changed My Sex!*—. Cuando se abrieron las primeras clínicas, el libro de Benjamin era el texto de referencia de los investigadores. Y cuando se evaluó a los/as primeros/as transexuales para decidir sobre la conveniencia de llevar a cabo la operación, su comportamiento se ajustó muy gratamente a los criterios descritos en el libro de Benjamin. Los investigadores produjeron informes en los que se señalaba esta coincidencia, los cuales fueron utilizados como base para la obtención de financiamiento.

⁴¹ La evolución y manejo de este problema merece un trabajo aparte. Es discutido brevemente a partir de Laub, Donald y Patrick Gandy (eds.). *Proceedings of the Second Interdisciplinary Symposium on Gender Dysphoria Syndrome*. Stanford: Division of Reconstructive and Rehabilitation Surgery, Stanford Medical Center, 1973, y en Irvine, Janice M. *Disorders of Desire: Sex and Gender in Modern American Sexology*. Philadelphia: Temple University Press, 1990.

⁴² En Laub y Gandy, *op. cit.*, p. 7. Las declaraciones completas de Fisk constituyen una excelente descripción de los objetivos y procedimientos del grupo de Stanford durante los primeros años, y las tensiones de las agendas conflictivas y los varios intentos de resolución están implícitos en ellas. Para narraciones adicionales, cf. Irvine y Shapiro, *op. cit.*

⁴³ Benjamin, Harry. *The Transsexual Phenomenon*. Nueva York: Julian Press, 1966. El trabajo que constituyó la piedra fundacional del libro fue publicado como “Transsexualism and Travestism as Psycho-somatic and Somato-psychic Syndromes” y apareció en el *American Journal of Psychotherapy* 8, 1954, pp. 219-230 Un artículo muy anterior de D. O. Cauldwell, “Psychopathia Transexualis”, publicado en *Sexology* 16, 1949, pp. 274-280, no parece haber tenido el mismo efecto dentro de este campo, aunque John Money sigue rindiéndole homenaje, atendiendo a la grafía de *transsexual* con una sola s en inglés empleada por Cauldwell. En trabajos tempranos de otros autores a veces puede trazarse la influencia de Cauldwell o de Benjamin según el modo en que se deletrea la palabra.

Estos investigadores tardaron una cantidad sorprendente de tiempo —varios años— en descubrir que la razón por la que los perfiles conductuales de las transexuales se ajustaban a los perfiles de Benjamin era que las candidatas también habían leído el libro, que pasaba de mano en mano entre la comunidad transexual, y que ellas estaban más que felices de proveer el comportamiento que llevaba a la aceptación quirúrgica.⁴⁴ Este tipo de cuidadoso reposicionamiento creó problemas interesantes. Entre ellos estaba la determinación del rango permisible de expresiones de sexualidad física. Esta determinación constituía una gran zona gris en la presentación que las candidatas hacían de sí mismas, ya que los sujetos de Benjamin no mencionaban ningún sentido erótico de sus propios cuerpos. En consecuencia, ninguna otra transexual que acudiera a las clínicas lo mencionó tampoco. En virtud de la autoridad del texto, las personas que eran físicamente hombres pero vivían como mujeres y se definían a sí mismas como transexuales —al contrario que las travestis, en quienes era permisible la sensación erótica peneana— no podían experimentar placer peneano. Hasta entrados los años ochenta no había una transexual de varón a mujer preoperada —de quién hubiera datos disponibles— que experimentara placer sexual genital al tiempo de vivir en el “género de elección”.⁴⁵

La prohibición se extendía postoperatoriamente de un modo llamativamente transmutado, y permaneció tan absoluta que ninguna transexual operada admitiría haber experimentado placer alguno a través siquiera de la masturbación. La pertenencia completa al género asignado era conferida por el orgasmo, real o fingido, logrado a través de la penetración heterosexual.⁴⁶ “Retorcer el pescuezo al pavo”, el ritual de masturbación peneana que se lleva a cabo justo antes de la cirugía, era la más secreta de las tradiciones secretas. Reconocer un deseo tan natural sería arriesgarse a sufrir una catástrofe, es decir a ser acusada de “impropiedad de rol”, y llevar a ser descalificada.⁴⁷

Era preciso reprimirse. Los dos grupos, por una parte investigadores y por otra transexuales, estaban persiguiendo fines diferentes. Los investigadores querían averiguar qué era esa cosa que ellos/as llamaban síndrome de *disforia de género*. Querían una taxonomía de síntomas, criterios de diagnóstico diferencial, procedimientos de evaluación, tratamientos confiables y seguimiento minucioso. Las transexuales querían la operación. Tenían

⁴⁴ Laub y Gandy, *op. cit.*, pp. 8-9.

⁴⁵ El problema aquí reside en la ontología del término *genital*, en particular con respecto a su definición para actividades tales como la masturbación pre y postoperatoria. La *generización* ontologiza la economía erótica de la superficie del cuerpo; como señalan Judith Butler y otros/as (por ejemplo, Foucault), la *generización* regula qué partes del cuerpo tienen sus componentes eróticos “encendidos” o “apagados”. Los conflictos surgen cuando las mismas partes se vuelven polivalentes. Por ejemplo, cuando porciones de la uretra (físicamente masculina) se utilizan para construir porciones de neoclitoris (*generizado* femenino en aquello físicamente masculino). Sugiero que utilicemos esta idea desequilibrante como ejemplo de las formas en las que podemos refigurar la multivalencia como una intervención en la constitución de posiciones del sujeto *generizado*; en una economía erótica binaria, ¿“quién” experimenta sensaciones eróticas con estas áreas? Judith Shapiro propone una idea similar en su ensayo “Transsexualism” publicado en *Body Guards*, pp. 260-262. He elegido un sitio geográfico bastante cercano al que ella describe, pero esperanzadoramente más ambiguo y por tanto más disonante en estos discursos en los que la disonancia puede ser una intervención poderosa y productiva.

⁴⁶ Este acto en las fronteras de la posición de sujeto sugiere una categoría en falta del excelente artículo de Marjorie Garber “Spare Parts: The Surgical Construction of Gender”, en *Differences* 1, 1990, pp. 137-159; es una intervención en lo asimétrico de “hacer un hombre” y “hacer una mujer”, que Garber describe. Hasta cierto punto representa un colapso de las categorías del imaginario transexual, aunque parece razonable la conclusión de que esta versión de la llegada a la madurez sigue siendo predominantemente masculina: los médicos y los pacientes se cuentan, los unos a los otros, los relatos de lo que representa la naturaleza tanto para El Hombre como para La Mujer. Por lo general, los pacientes femeninos (de mujer a varón) relatan las mismas historias desde el otro lado.

⁴⁷ Los términos *retorcerle el pescuezo al pavo* (masturbación masculina), *aterrizaje forzoso* (rechazo por parte de un programa clínico) y *gaff* (prenda interior utilizada para esconder los genitales masculinos de las transexuales de varón a mujer preoperadas) varían ligeramente en diferentes áreas geográficas, pero son lo bastante comunes como para que ser reconocidos en todas partes.

objetivos muy claros respecto a su relación con los investigadores, y consideraban los criterios de evaluación de los doctores como otro obstáculo en su recorrido, algo que tenían que superar. En este punto, ellas expresaron sin ambigüedades el criterio original de Benjamin en su manera más simple: el sentido de estar en el “cuerpo equivocado”.⁴⁸ Esto parece la receta para una incómoda relación antagónica, y lo era. Aún sigue siéndolo, aunque con el paso del tiempo las dos facciones han dialogado considerablemente. Esto ha sido posible, en parte, debido a que la comunidad de médicos/as y psicólogos/as se ha dado cuenta de que los esperados criterios del diagnóstico diferencial no aparecieron. Consideremos este extracto de un documento escrito por Marie Mehl en 1986:

*No existe ningún test mental o psicológico que pueda distinguir exitosamente a un/a transexual del resto de la así llamada población normal. La población transexual no sufre más psicopatías que la población en general, aunque la reacción de la sociedad ante el/la transexual sí que plantea problemas insuperables. Los historiales psicodinámicos de transexuales no revelan ninguna característica consistente de diferenciación respecto del resto de la población.*⁴⁹

Estos dos testimonios, el de Mehl y aquel de Lothestein en el que encontraba que los/las transexuales eran seres deprimidos, esquizoides, manipuladores y paranoides, coexisten con apenas diez años de diferencia entre sí. Con el logro de una categoría de diagnóstico en 1980 —diagnóstico que, después de años de investigación, no va mucho más allá del sentido original de “estar en el cuerpo equivocado”— y su aceptación consecuente por parte de la policía del cuerpo (por ejemplo, del sistema médico), ahora existen historias clínicamente “aceptables” de transexuales en una vasta y dispersa geografía, —que incluye sitios como Australia, Suecia, Checoslovaquia, Vietnam, Singapur, China, Malasia, India, Uganda, Sudán, Tahití, Chile, Borneo, Madagascar y las Aleutianas⁵⁰ (esta no es una lista completa). Intentar englobarlas a todas en una única teoría plausible demanda un esfuerzo considerable. ¿Había técnicas de diagnóstico no descubiertas o no intentadas, que hubieran servido para diferenciar a los y las transexuales de la población “normal”? Los criterios ¿eran erróneos, limitados, o sencillamente su alcance era demasiado corto? La evidencia de que los criterios no meramente emergían, de un modo natural, ¿apareció como un resultado del “progreso científico” o había otras fuerzas en juego?

Este festín de información crea sus propios problemas. De modo concomitante al logro dudoso de una categoría de diagnóstico se encuentra la difuminación de límites, mientras un vasto relato heteroglósico de la diferencia —hasta el momento invisible para las profesiones “legítimas”— súbitamente alcanza la canonización; y, de manera simultánea se vuelve homogéneo, con el fin de satisfacer los constreñimientos de la categoría.

De repente, en los años ochenta, la antigua leyenda moral de la verdad sobre el género, contada por un afectuoso patriarca blanco en Nueva York allá por 1966, se trans-

⁴⁸ Basado en las declaraciones de Norman Hisk, en Laub y Gandy, *op. cit.*, p. 7, así como en mis propias investigaciones. Parte de la dificultad, tal como discuto a lo largo de este trabajo, consiste en que los investigadores (por no mencionar a los transexuales) han fallado en problematizar la frase “cuerpo equivocado” como una categoría descriptiva adecuada.

⁴⁹ En Walter y Ross, *op. cit.*

⁵⁰ En este punto, como en todas partes, utilizo la palabra *clínico/a* teniendo en mente la “victoria pírrica” de la que hablaba Marie Mehl. Ahora que el transexualismo tiene una frágil e incómoda legitimidad como categoría diagnóstica en el DSM, ¿cómo iniciaremos el proceso de retirarla del libro?

forma en pancultural. Desaparecieron las polifonías emergentes de la experiencia vivida, presentes al menos en potencia —ya que nunca representadas en el discurso—. Con sólo esforzarnos lo suficiente, la *berdache* y la desnudista, el ama de casa con sus rulos y el *mujerado*, la *mah' u* y la estrella del rock no dejan de ser la misma historia, después de todo.

¿De quién es este relato histórico, de todos modos?

Quisiera llamar la atención sobre las extensas similitudes que sugiere esta yuxtaposición peculiar con aspectos del discurso colonial, con los que podemos estar familiarizados/as: la fascinación inicial con lo exótico, extendida hasta alcanzar a los/as investigadores/as profesionales; la negación de la subjetividad y la falta de acceso al discurso dominante, seguida por una suerte de rehabilitación.

Plantear estas cuestiones ha hecho más complicada la vida en las clínicas.

“Hacer” historia —ya sea autobiográfica, académica o clínica— es, en parte, una lucha por fundar un relato en cierta inevitabilidad natural. Los cuerpos son pantallas en las que vemos proyectados los acuerdos momentáneos que emergen, tras luchas incesantes en torno a creencias y prácticas dentro de las comunidades académicas y médicas. Estas luchas se desarrollan en campos de batalla muy alejados del cuerpo. Cada lucha es un esfuerzo por lograr un fundamento superior, profundamente moral, por establecer una explicación final y con autoridad acerca del modo en que las cosas son y, consecuentemente, del modo en que deben seguir siendo. En otras palabras, en cada uno de esos relatos es la cultura la que habla con la voz de un individuo. Las personas que no tienen voz dentro de esta teorización son los/as mismos/as transexuales. Como ocurría desde el principio de los tiempos con las mujeres, sobre las que teorizaban los hombres, los/as teóricos/as de la identidad sexual han percibido a los/as transexuales en posesión de una agencia menguada. Como ocurría con las “mujeres genéticas”, los/as transexuales son infantilizados/as, considerados/as demasiado irracionales o irresponsables para alcanzar la subjetividad verdadera, o son borrados/as clínicamente por los criterios de diagnóstico; o, también, tal como los y las construyen algunas teóricas feministas radicales, son como robots de un patriarcado insidioso y amenazante, un ejército extranjero diseñado y construido para infiltrar, pervertir y destruir a las mujeres “verdaderas”. Asimismo, en esta construcción, los/as transexuales han sido resueltamente cómplices al fracasar en el desarrollo de un contradiscurso efectivo.

En las fronteras del género en las que estamos a finales del siglo XX, con los tropiezos de la hegemonía falocrática y la arrogante aparición de relatos heteroglósicos⁵¹ del origen, hallamos las epistemologías de la práctica médica blanca masculina, la ira de las teorías feministas radicales y el caos de las experiencias *generizadas* vividas encontrándose en el campo del cuerpo transexual: un sitio ardientemente disputado de inscripción cultural, una máquina de sentido para la producción de un tipo ideal. Representación en su mayor parte mágica, el cuerpo transexual es memoria perfeccionada, inscrita junto con la historia “verdadera” de Adán y Eva como el relato ontológico de la diferencia irreductible, una biografía esencial que es parte de la naturaleza. Una historia que la cultura se

⁵¹ El concepto apunta a señalar la interacción constitutiva de múltiples dialectos, jergas, voces, en una misma lengua de apariencia unitaria /N. del t.).

narra a sí misma, el cuerpo transexual es una política táctil de reproducción constituida a través de la violencia textual. La clínica es una tecnología de inscripción.

Dada esta circunstancia, en la cual un discurso minoritario (sic) viene a fundarse en lo físico, la necesidad de un contradiscurso se vuelve crítica. Pero es difícil generar un contradiscurso si uno/a está programado/a para desaparecer. El objetivo más importante de los/as transexuales es borrarse a sí mismos/as, confundirse con la población “normal” lo antes posible. Parte de este proceso se conoce como *la construcción una historia plausible*, aprender a mentir efectivamente sobre el propio pasado. Lo que se obtiene es aceptabilidad en la sociedad. Lo que se pierde es la habilidad para representar auténticamente las complejidades y ambigüedades de la experiencia vivida y, por ende, se pierde ese aspecto de la “naturaleza” que Donna Haraway teoriza como coyote —el animal del espíritu dentro de la cultura nativa americana, que representa ese poder de la transformación continua que constituye el corazón de una vida comprometida—. En su lugar, la experiencia auténtica se sustituye por un tipo particular de historia, una que sirve de soporte a las viejas posiciones construidas. Esto es muy costoso, y profundamente debilitante. Deseen hacerlo o no, las transexuales no crecen del mismo modo que las GG (o mujeres genéticamente “naturales”).⁵² Las transexuales no tienen las mismas historias que las mujeres genéticamente “naturales” y no han sufrido la misma opresión antes del cambio de género. No estoy sugiriendo un discurso compartido. Estoy sugiriendo que en la historia borrada del/la transexual podemos encontrar una historia disruptiva de los discursos aceptados sobre el género, originada desde la minoría genérica misma, y capaz de hacer frente común con los otros discursos de oposición. Pero el/la transexual actualmente ocupa una posición que no está en ningún sitio, que es exterior a las oposiciones binarias del discurso generizado. Para un/a transexual, como *transexual*, generar un contradiscurso verdadero, efectivo y representacional es hablar desde el exterior de las fronteras del género, más allá de los nodos oposicionales construidos que han sido predefinidos como las únicas posiciones desde las cuales el discurso es posible. Entonces ¿cómo hablaría el/la transexual? Si el/la transexual hablara, ¿qué diría?

Manifiesto postransexual

Intentar ocupar un espacio como sujeto hablante en el marco tradicional del género es volverse cómplice del discurso que uno/a desea deconstruir. Más bien, podemos apropiarnos de la violencia textual inscrita en el cuerpo transexual y transformarla en fuerza reconstructiva. Permítanme introducir un ejemplo más conocido. Judith Butler señala que las categorías lésbicas de *butch* y *femme* no son simples asimilaciones regresivas del lesbianismo a los términos de la heterosexualidad. Butler introduce en cambio el concepto de *inteligibilidad cultural*, y sugiere que la “masculinidad” contextualizada y resignificada de la *butch*, vista en contraste con el cuerpo femenino culturalmente inteligible, invoca una disonancia que genera una tensión sexual a la vez que constituye el objeto del deseo. Señala que esta manera de pensar acerca de los objetos generizados del deseo admite una complejidad mucho mayor de la que el ejemplo sugiere. La lesbiana *butch* o *femme* a

⁵² El significado actual de GG, término de la jerga de las transexuales de varón a mujer, es *genuine girl* ‘chica genuina’ (sic), a las que también se denomina *genny*.

un tiempo cita la escena heterosexual y la desplaza. La idea de que la *butch* y la *femme* son “réplicas” o “copias” del intercambio heterosexual subestima el poder erótico de su disonancia interna.⁵³

En el caso del/la transexual, las variedades de género performativo, percibido en contraste con un cuerpo *generizado* culturalmente inteligible —*el cual es, en sí mismo, violencia textual médicamente constituida*— genera nuevas e impredecibles disonancias, en las que entran en juego enteros espectros de deseo. En el/la transexual como texto podemos hallar el potencial para mapear el cuerpo refigurado según el discurso genérico convencional, y así alterarlo, sacar ventaja de las disonancias producidas por esta yuxtaposición para fragmentar y reconstituir los elementos del género en geometrías nuevas y sorprendentes. Sugiero que empecemos con la declaración de Raymond de que las “transexuales dividen a las mujeres” y la llevemos más allá de sí misma, convirtiéndola en una fuerza productiva para dividir, de modo múltiple, los viejos discursos binarios del género, así como el discurso monista de la propia Raymond. Para basar las prácticas de inscripción y lectura que forman parte de este llamado deliberado a la disonancia, sugiero que percibamos a los/as transexuales no como una clase ni un problemático “tercer género”, sino como un género literario (*genre*), un conjunto de textos encarnados cuyo potencial para lograr una *disrupción productiva* de las sexualidades estructuradas y los espectros del deseo aún tiene que ser explorado.

Con el fin de lograrlo, el género literario (*genre*) de los/as transexuales visibles debe crecer, a través del reclutamiento de transexuales de la clase de los/as invisibles, de aquellos/as que han desaparecido dentro de sus “historias plausibles”. Lo más crítico que puede hacer un/a transexual, lo que constituye su éxito, es *pasar*.⁵⁴ *Pasar* significa vivir con éxito en el género de elección, ser aceptado/a como miembro/a “natural” de ese género. *Pasar* significa una negación de la mixtura. Borrar el rol de género anterior o construir una historia plausible son una y la misma cosa que *pasar*. Teniendo en cuenta que muchos/as transexuales escogen la reasignación en su tercera o cuarta década de vida, esto significa borrar una gran cantidad de experiencias personales. Mi argumento es que este proceso, en el que tanto los/as transexuales como el sistema médico-psicológico son cómplices, impide la posibilidad de una vida basada en las posibilidades *intertextuales* del cuerpo transexual.

Para negociar las problemáticas y productivas permeabilidades múltiples de la frontera, y la posición de sujeto que implica la intertextualidad, debemos comenzar a rearticular el lenguaje fundacional en el que tanto la sexualidad como la transexualidad son descritas. Por ejemplo, ni los/as investigadores ni los/as transexuales han dado el paso de problematizar el “cuerpo equivocado” como categoría descriptiva adecuada. De hecho, el “cuerpo equivocado” ha venido, virtualmente por defecto, a *definir* el síndrome.⁵⁵ Es bastante comprensible que una frase como ésta, cuya lexicalidad sugiere el carácter falocéntrico y binario de la diferenciación de género, deba ser analizada con la más profunda suspicacia. Mientras que nosotros/as —ya sea como académicos/as, médicos/as o tran-

⁵³ Butler, Judith. *Gender Trouble*. Nueva York: Routledge, 1990.

⁵⁴ Lo contrario de *pasar* es *ser leído/a*, que invoca provocativamente las prácticas de inscripción a las que he hecho referencia.

⁵⁵ Estoy sugiriendo un punto de partida posible, pero es necesario ir mucho más lejos. Debemos cuestionar no sólo cómo el *cuerpo* es definido en estos discursos, sino examinar más críticamente a quién le corresponde definir lo que *significa* *cuerpo*.

sexuales— ontologicemos tanto la sexualidad como la transexualidad de este modo, estaremos impidiendo la posibilidad de analizar el deseo y la complejidad motivacional de una manera que describa adecuadamente las contradicciones múltiples de la experiencia individual. Necesitamos un lenguaje analítico más profundo para la teoría transexual, un lenguaje que permita la clase de ambigüedades y polifonías que ya han informado e enriquecido productivamente la teoría feminista.

Judith Shapiro señala que “Para aquellos/as que se sientan inclinados/as a diagnosticar la fijación del/la transexual en los genitales como obsesiva o fetichista, la respuesta es que sencillamente están actuando de acuerdo con los criterios de *su cultura* para la asignación de género” (el énfasis es mío).⁵⁶ Esta declaración apunta a mecanismos más profundos, a discursos ocultos y pluralidades experienciales en el monolito transexual. No son aún ni clínica ni académicamente visibles, y con buena razón. Por ejemplo, en busca del diagnóstico diferencial, se le preguntaba a el/la probable transexual: “Supongamos que tuviera la oportunidad de convertirse en hombre [o mujer] en todos los sentidos, salvo los genitales, ¿estaría satisfecho (a)?”. Hay varias respuestas posibles, pero desde el punto de vista clínico sólo una es la correcta.⁵⁷ No es extraño, por tanto, que gran parte de estos discursos giren en torno a la frase “cuerpo equivocado”. De acuerdo con el mito binario fundacional falocrático por el cual los cuerpos y sujetos occidentales son autorizados, sólo un cuerpo es el “correcto” para cada sujeto *generizado*. Todos los otros cuerpos están “equivocados”.

Mientras los/as médicos/as y los/as transexuales/as continúan enfrentándose en el campo de batalla del diagnóstico que este escenario sugiere, los/as transexuales para los que la identidad de género es algo diferente de —y quizá *irrelevante* respecto de— los genitales físicos son ocultados/as por aquellos/as para quienes el poder de los sistemas médico y psicológico, y su habilidad para actuar como guardianes de las normas culturales, son las autoridades definitivas para lo que ha de contar como un cuerpo culturalmente inteligible. Ésta es un área peligrosa; y si los colectivos condenados al silencio obtuvieran una voz, sería muy posible encontrar lo que las teóricas feministas habían afirmado: que las identidades de los sujetos individuales y encarnados estaban mucho menos implicadas en normas físicas, y mucho más y diversamente diseminadas a lo largo de prolíficas y complejas estructuraciones de la identidad y del deseo de lo que ahora es posible expresar. Incluso en lo mejor de los debates actuales, la tendencia general es la totalización sin excepciones. El más prestigioso ejemplo citado en este ensayo, la sorprendente frase de Raymond de que “todo transexual viola el cuerpo de las mujeres” (¿qué hubiera pasado si hubiera dicho, por ejemplo: “todo negro viola el cuerpo de las mujeres?”), no es menos totalizador que la frase de Kate “las transexuales [...] asumen un papel femenino exagerado y estereotipado” o la de Bolin “las transexuales intentan olvidar su historia como hombres”. No hay sujetos en estos discursos, sólo objetos totalizados y homogeneizados que reproducen de manera fragmentada la pauta general de los discursos de las minorías en general. Así que cuando yo pronuncie la palabra olvidada, puede que despierte algunos recuerdos de otros debates. La palabra es *algunos/as*.

⁵⁶ Shapiro, *op.cit*

⁵⁷ En el caso de que quien lee esté inseguro/a, permítaseme suplir la respuesta clínicamente correcta: “no”.

Los/as transexuales que “pasan por” parecen ignorar el hecho de que, al crearse una identidad totalizada y monista, al margen de toda intertextualidad física o subjetiva, han cerrado las puertas a la posibilidad de establecer relaciones genuinas. Según el principio del *pasar*, al negar el poder desestabilizador del *ser leídas*, las relaciones comienzan como mentiras, y *pasar*, por supuesto, no es una actividad restringida al mundo de los transexuales. Es algo con lo que está familiarizada una persona de color cuya piel es lo suficientemente clara como para *pasar* por blanca, o los gays y las lesbianas que permanecen en el armario... o todo/a aquel/lla que haya escogido la invisibilidad como una solución imperfecta frente a la disonancia personal. En resumen, estoy rearticulando uno de los argumentos a favor de la solidaridad que han desarrollado gays, lesbianas y personas de color. La comparación llega más allá. Con el fin de deconstruir la necesidad de *pasar*, los/as transexuales deben hacerse responsables de toda su historia, empezar a rearticular sus vidas, no como una serie de borraduras al servicio de una especie de feminismo concebido desde un marco tradicional, sino como una acción política que se inicia con la reapropiación de la diferencia y la recuperación del poder del cuerpo refigurado y reinscrito. La disrupción de los viejos patrones de deseo que implican las múltiples disonancias del cuerpo transexual no produce una alteridad irreductible, sino una mirada de alteridades cuya inesperada yuxtaposición conlleva lo que Donna Haraway ha llamado “las promesas de los monstruos”: *fisicalidades* en continuo cambio de figura y fundamento, que exceden los confines de cualquier representación posible.⁵⁸

La esencia del transexualismo es el *pasar*. Un/a transexual que lo logra está obedeciendo el mandamiento derrideano de “Los géneros (literarios, *genres*) no se han de mezclar. No mezclaré los géneros (*genres*)”.⁵⁹ No podría pedirle a un/a transexual algo más inconcebible que su renuncia a *pasar*; pedirle que sea conscientemente “legible”, que se *lea* sí mismo/a en voz alta, y, a través de esta lectura tortuosa y productiva, comience a *escribirse a sí mismo/a* en los discursos que lo han escrito y, en efecto, convertirse en (cuidado, ¿me atreveré a decirlo de nuevo?) un/a postransexual.⁶⁰ Aun así, los/a transexuales saben que el silencio puede ser un alto precio que se tenga que pagar por la aceptación. Quiero hablarles directamente a los hermanos, hermanas y a todas las personas que puedan leer/leer este texto y decirles: pido a todos/as que utilicemos la fuerza que nos llevó a reestructurar la identidad, y que nos ha ayudado a vivir en silencio y negación, para revisar nuestras vidas. Ya sé que sienten que el camino que han recorrido es muy largo y que el precio por la invisibilidad no es tan alto. Sin embargo, aunque el cambio individual es el fundamento de todas las cosas, no es el final de las cosas. Quizá haya llegado el momento de sentar las bases para la nueva transformación.

⁵⁸ Para una elaboración de este concepto, cf. Haraway, Donna: “The Promises Of Monsters: A Regenerative Politics for Inappropriate/d Others”. En Paula Treichler, Cary Nelson y Larry Grossberg (eds). *Cultural Studies*. Nueva York: Routledge, 1991.

⁵⁹ Derrida, Jacques. “La Loi Du Genre/The Law of Genre”. Trad. de Avitall Ronell en *Glyph 7*, 1980, p. 176 (francés) y p. 202 (inglés).

⁶⁰ También quiero destacar aquí la teoría de la mestiza elaborada por Gloria Anzaldúa, un sujeto ilegible que habita en las fronteras entre culturas, capaz de comunicarse parcialmente en cada una pero de manera sólo en parte inteligible en cada cual. Trabajando contra el núcleo de esta posición, la “nueva mestiza” de Anzaldúa intenta sobreponerse a la ilegibilidad tomando el control del lenguaje y la inscripción, e inscribiéndose a sí misma en el discurso cultural. La asombrosa *Borderlands* es un buen ejemplo: Gloria Anzaldúa. *Borderlands-La Frontera: The New Mestiza*. San Francisco: Spinsters-Aunt Lute, 1987.